



Testamento ~
ESPAÑOL

Arthur Koestler

Traducido por **Luis Álvarez Fernández**

PUNTO ROJO
LIBROS

Testamento Español

Arthur Koestler

Traducido del inglés por Luis Álvarez Fernández,
de la edición de Victor Gollancz

LTD. LONDON

1937

Testamento Español

Arthur Koestler

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Introducción de:

© 2013 La duquesa de Atholl

Traducido por:

© 2013 Luis Álvarez Fernández, de la edición de Víctor Gollancz.

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2013 Arthur Koestler

© 2013 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A SIR PETER CHALMERS-MITCHELL

A Maruja Moro Megido, mi esposa y compañera, y a las gentes y paisajes del Alto Aller, tan indisolublemente vinculado a ella.

Índice

Índice

INTRODUCCIÓN

PREFACIO DEL AUTOR

P A R T E I

CAPÍTULO I Viaje al cuartel general rebelde

CAPÍTULO II Retrospectiva histórica

CAPÍTULO III El estallido

CAPÍTULO IV Los antecedentes

CAPÍTULO V La iglesia militante

CAPÍTULO VI Propaganda

CAPÍTULO VII Los héroes del Alcázar

CAPÍTULO VIII Madrid

CAPÍTULO IX Los últimos días de Málaga

P A R T E II

DIÁLOGO CON LA MUERTE

SEGUNDA PARTE Diálogo con la muerte

EPÍLOGO

ANEXO

Nota final del traductor

Testamento Español

INTRODUCCIÓN

Este es un libro que, de acuerdo con mi experiencia, ilustra de una manera clara lo difícil que es averiguar la verdad de los hechos en tiempos de dictadura y de guerra. Inseparable de ambas son la censura de prensa y la propaganda. En España y en el lado de los insurgentes, este hecho quedó de manifiesto cuando el corresponsal de dos famosos periódicos conservadores británicos telegrafió que abandonaba el cuartel general de los insurgentes porque las limitaciones que imponían a su trabajo eran intolerables. Dificultades similares experimentaron otros corresponsales de la «derecha».

El señor Koestler, desde el capítulo inicial, explica el peligro al que se expusieron los corresponsales franceses que hicieron un reportaje sobre la masacre de Badajoz, así como las retractaciones a las que se vieron obligados. En su caso, felizmente, disfrutó de más libertad. Representante de un conocido periódico de «izquierdas», por una afortunada casualidad pudo entrar en el territorio del general Franco, ya que solamente autorizaban la entrada a periodistas de la «derecha». También, y ahora la casualidad fue desafortunada, le condujo a un temprano encuentro con un antiguo colega alemán de la *Ullstein Press*, con el que había sostenido correspondencia antes de la llegada del régimen nazi a Alemania. Este encuentro sirvió para alertar a las autoridades insurgentes, y sin duda quien le recomendó al señor Koestler que abandonase Sevilla, le dio un buen consejo.

Pero si la visita fue de lo más breve para el autor, pudo, gracias a la orientación política de su periódico, escribir libremente, sin temor a perjudicar posibles viajes en el futuro. Esto explica la sinceridad de su capítulo inicial y la consecuente publicación en un libro titulado *L'Espagne Ensanglantée* (alguno de cuyos pasajes se incorporan a este trabajo), reportajes relacionados con las brutalidades cometi-

das en la zona dominada por los insurgentes. Dichos escritos provocarán un shock en muchas personas, las cuales, convencidas por la insistente propaganda, creerán que «las atrocidades se limitaban al lado republicano, y que la causa de la insurrección no fue otra que la intención de Franco de salvar España de la dominación comunista».

Lo que nos ofrece el señor Koestler es una revisión a partir de las circunstancias, y destacando los problemas presentes. Cree que las raíces del mal provienen de las condiciones de vida en el campo, creencia avalada por el señor Salvador de Madariaga, quién, como es sabido, no está con ninguno de los bandos en esta guerra civil. Un año antes de la caída de la monarquía escribió que de la situación general del campo español poco habría que no hubiera sido conocido y denunciado hace más de un siglo. «Nos encontramos aquí», dijo, «frente a uno de los hechos clave de la historia de España».

¿Puede, pues, sorprendernos que a la llegada de la República, se elaborasen leyes sobre la colonización de tierras, se fijase un salario mínimo, cuando un hombre ganaba con frecuencia solamente un chelín al día, y se despertasen más tarde sentimientos de amargura bajo el tan proclamado “Gobierno Radical”, gobierno que después se reforzó con miembros del partido pro—fascista del señor Robles¹ y que rechazó la mayor parte de una legislación protectora e incluso hundió los salarios a un nivel más bajo?

El señor Fernando de los Ríos, escritor bien conocido, ahora embajador en los Estados Unidos, en una emisión de radio el 30 de diciembre de 1936, describió lo terrible que había sido para él, en los mítines en Granada, previos a las elecciones generales de febrero, enfrentarse con audiencias hambrientas que únicamente pedían pan.

Koestler nos dice: «Diez mil familias campesinas españolas continúan viviendo en cuevas. El *Statistical Year Book* destaca que, de cada mil muertes, quinientas son de niños menores de cinco años. Dice también que, de cada cien es-

pañoles adultos, solamente cuarenta y cuatro saben leer y escribir”.

Sin embargo, tan tremendas condiciones, no son todo el relato de la miseria. El levantamiento en Asturias en 1934, motivado por la entrada de fascistas en el Gobierno, fue sofocado con terrible crueldad por los moros y la Legión Extranjera. Los testimonio de quinientos sesenta y un testigos citados en el capítulo II, son concluyentes. Ello condujo a la formación del Frente Popular. ¿Puede sorprendernos también que, al obtener la victoria se desbordasen los sentimientos reprimidos y se exigiesen drásticas medidas a un Gobierno que sin embargo había prometido «moderación»? Los campesinos hambrientos, con sus líderes presos por la ocupación de tierras, sabían que muchas de aquellas ocupaciones tenían que legalizarse forzosamente. Y como Koestler nos muestra, las mayores provocaciones partían de la «derecha». Los grupos fascistas abiertamente se mofaban de las elecciones; su número aumentaba, mientras que influencias poderosas los animaban a la violencia descrita en el capítulo III, y a la vez les ayudaban a prepararse para un levantamiento armado. Nada, en conexión con la tantas veces mentada «guerra civil», me parece más importante que las actividades de la organización Nazi descritas en el capítulo IV. A la luz de los hechos revelados por los documentos capturados, la ayuda alemana a la insurrección de la España fascista resulta una conclusión inevitable.

Sin duda las circunstancias pudieron ser la causa de los muchos disturbios habidos entre febrero y julio de 1936. Desgraciadamente, muchos de los realizados desde la «izquierda», iban dirigidos contra la Iglesia, principal responsable del retraso educativo, y unida estrechamente al partido de Gil Robles. No obstante, un gran número de las atrocidades cometidas en este lado, ocurrió cuando se tuvo noticias del alzamiento militar. Para los ingleses que estaban en situación óptima para obtener una información fiable, era claro que ninguna de estas atrocidades fue debida a ór-

denes oficiales, al Gobierno sólo puede achacársele la incapacidad para afrontar la revuelta del ejército, además de gran parte de la policía; incapacidad también para contener a los hombres enloquecidos por el recuerdo de pasados sufrimientos y por las noticias de que aviones italianos estaban transportando moros y a la Legión Extranjera para ayudar al fascismo a conquistar España. Y es bueno saber que había organizaciones políticas republicanas que condenaban los diarios asesinatos por medio de carteles y emisiones de radio.

Por otra parte, las ejecuciones en masa de las que dan fe las declaraciones del cuerpo de gobierno de la Facultad de Derecho de Madrid y que tuvieron lugar del lado insurgente, reproducidas en parte en el capítulo IV, aparecen como el resultado de la política oficial. Lo ocurrido en Granada y en Sevilla me ha sido confirmado por un inglés residente hace tiempo en el sur de España. Incluso atrocidades a menor escala, referidas en este capítulo, hubieran podido ser evitadas por autoridades que mandaran unas tropas disciplinadas. No puede dudarse de que el general Queipo de Llano, en sus diarias alocuciones, animó definitivamente a la brutalidad. Koestler reproduce las órdenes encontradas el 28 de julio de 1936 a un oficial rebelde, en las que claramente se ordenaba implantar un «cierto saludable terror» entre la población civil, utilizando para ello medios «espectaculares e imprevistos», a fin de debilitar la moral del enemigo. Adicionalmente las órdenes requerían crear el pánico, tras las líneas enemigas, entre la población civil con igual propósito. Se insinuaba incluso que disparar contra las ambulancias o cualquier transporte de heridos era un medio útil para alcanzar este fin.

Los ametrallamientos de fugitivos no combatientes en Málaga y Guernica, me fueron descritos por personas de estos lugares, y los frecuentes ataques sufridos por ambulancias, tanto las del Comité de Ayuda Médica Española, como las de la Unidad Escocesa de Ambulancias, se ajustan tan estrechamente al último párrafo de estas órdenes, que

forzosamente he de creer en su autenticidad. Como tales hechos aparecían en *L'Espagne Ensanglantée* del pasado enero, ha habido tiempo más que suficiente para desmascararlos si no fuesen genuinos.

Las brutalidades que el mismo Koestler vio y escuchó cuando fue hecho prisionero, confirman plenamente las terribles afirmaciones publicadas. Su relato, tan gráfico y conmovedor sobre las horas de media noche en la prisión de Sevilla, trae ante nosotros de manera vívida la mejor descripción que he leído sobre los horrores que España está soportando. La narración de las ejecuciones nocturnas, está confirmada por Mr. Rupert Bellville al declarar públicamente que fue, durante diez días, miembro no voluntario de un pelotón de fusilamiento.

Por último, Koestler nos demuestra la falacia de los comunicados oficiales de los insurgentes, enfocados a sugerir a los lectores el aumento del comunismo, uno de los motivos utilizados para justificar la insurrección de Franco. Igualmente me impresionan otras evidencias documentales que conocí sobre la existencia de esta conspiración. Apareció una en el *Echo de París* el 14 de enero de 1937. Pretendía ser la trascripción de instrucciones para un levantamiento enviadas por «expertos en técnicas» del Partido Comunista Francés, en colaboración con el KOMINTERN y sus delegados en Francia, a los comunistas españoles, a principios de 1936. Extractos de estas instrucciones fueron publicadas por el *Patriot* el pasado marzo, en un panfleto. El texto completo contiene referencias para los «jefes y oficiales» del ejército, que iban a dirigir el supuesto levantamiento. ¿Pero dónde —se pregunta uno— estaban los jefes y oficiales comunistas del ejército?

En todas partes se dejaron sentir evidentes dudas, pero ahora se confirman las sospechas al aparecer plasmadas en otro documento, también pretendidamente proveniente de los comunistas franceses, en el que se da una serie de instrucciones totalmente diferentes, ¡y que habla de los comu-

nistas españoles como poseedores de una fuerza representada por 150.000 milicianos en primera línea y 100.000 en la segunda!. Si esto fuese así ¿por qué, después de que el ejército se sublevó, se vio obligado el Gobierno a entregar fusiles a hombres leales pero carentes de entrenamiento, y a enrolar, además de hombres, a mujeres para defender la República? En aquel tiempo, toda la fuerza del Partido Comunista ascendía solamente a 50.000 hombres.

La narración de Koestler antes de la caída de Málaga, nos da una idea de la gran desventaja padecida por el Gobierno por su total carencia de organización militar en la segunda línea.

La creación del mito del levantamiento comunista tiene el mismo propósito que el de atribuir al Gobierno Republicano una composición exclusivamente comunista. Koestler nos recuerda que los comunistas no fueron admitidos en el Gobierno hasta algún tiempo después de estallar la insurrección, y que, en el Gobierno de coalición, constituido por cinco o seis partidos, los comunistas nunca han tenido más de dos miembros.

Una de las características más destacadas del hombre español, es su individualismo, por eso es muy difícil creer que España pudiera someterse al rígido control que el comunismo implica.

Si este libro se lee con el único deseo de conocer cómo sucedieron realmente los hechos, creo que nos ayudará al mejor entendimiento de una lucha que tiene un profundo interés humano, y que es, además, de vital importancia para nuestro país. Yo así lo espero.

KATHARINE ATHOLL

PREFACIO DEL AUTOR

Unas palabras para explicar cómo se desarrolla el plan de este libro.

En el primer capítulo describo cómo, con la intención ver la guerra desde el lado rebelde, fui, en el mismo mes que estalló, a Sevilla, vía Portugal. Cuento lo que vi en Lisboa, relatando mi entrevista con Queipo de Llano, intentando transcribir el ambiente del Cuartel General rebelde. A partir del sexto capítulo retomo de nuevo la relación personal, describiendo sucesivamente el asedio del Alcázar, los bombardeos de Madrid, los últimos días republicanos en Málaga, y mi encarcelamiento cuando esta ciudad cayó en manos rebeldes. Ahí termina la tercera parte. La segunda parte, completa, está dedicada a mis experiencias en las prisiones de Málaga y Sevilla, cuando, sentenciado a muerte, fui testigo de las ejecuciones de mis compañeros de celda y esperaba por la mía.

Quizá algunos lectores desearan que lo hubiera dejado así, y que no hubiese interpuesto entre los capítulo uno y siete de la Parte I, los cinco capítulos que tratan de las raíces históricas de la lucha, su estallido y antecedentes, así como los problemas complicados que existieron con la Iglesia española. Creo, no obstante, que estos capítulos son necesarios. Sin ellos, las experiencias subjetivas descritas en la segunda parte, no se comprenderían. En esta segunda parte describo lo que sentí —en esencia, y de algún modo *lo esencial*— en este «Diálogo con la Muerte», allí tomé conciencia del significado objetivo de esta guerra. Ese conocimiento es el fondo de la Parte II, pero no hablo de ello allí, lo tomo solamente como apoyatura. Y pienso que el lector, después de leer los capítulos del dos al seis, seguramente lo tomará así también.

A. K.

P A R T E I

CAPÍTULO I

Viaje al cuartel general rebelde

EL 18 DE JULIO DE 1936, cuando estalló la revuelta de Franco, me encontraba sentado en una pequeña playa en la costa belga, entretenido en escribir una novela pacifista.

Al principio parecía como si, a pesar de todo, la revuelta resultaría abortada, y que el Gobierno era el dueño de la situación en toda España. Después, las noticias se volvieron más y más alarmantes. Al final de la semana era ya claro que aquello iba a ser una guerra civil de larga duración con posibles complicaciones europeas. Devorábamos ávidamente un descabellado número de periódicos; la novela pacifista quedó en un punto muerto y la guardé en un cajón, pudriéndose en el olvido. *Requiescat in pace.*

El papel jugado por la prensa en el caso español, fue desde el principio algo más que peculiar. Los rebeldes no permitían en su territorio un solo corresponsal de ningún periódico de izquierdas o incluso liberal, al igual que los corresponsales de periódicos pronunciadamente de derechas, eran mal recibidos en el lado del Gobierno. De esta forma, se creó rápidamente una situación por la cual, hablando en términos generales, los periódicos de la derecha tenían corresponsales solamente en el bando de Franco y la prensa liberal y de izquierdas solamente en el del Gobierno. Los comunicados de los respectivos cuarteles generales eran inmensamente contradictorios, y había enormes discrepancias entre los telegramas enviados por los corresponsales de ambos lados, para quienes una drástica censura además, hacía imposible el envío de reseñas imparciales.

La Guerra Civil Española había, de esta forma, infectado a la prensa europea.